

MEDITA CONMIGO

Provocaron la ira de Dios con sus obras, Y se desarrolló la mortandad entre ellos. Entonces se levantó Finees e hizo juicio, y se detuvo la plaga; Y le fue contado por justicia de generación en generación para siempre (Sal 106:29-31).

En la narrativa de algunos salmos se consigna un constante vaivén en la conducta de su pueblo entre la rectitud y la maldad, y la respuesta de Dios a ello (Sal 107:33-39; 106:13-15; 95:8-11); vez tras vez vemos en el curso de la historia que Dios tiene que llamar a la cordura con modos por demás duros; hambres, guerras, o plagas; (Sal 85:4-8; 78:34-39); después de lo cual los hombres parecieran cobrar consciencia de la justicia y volverse a la rectitud, pero poco a poco y de manera sutil vuelven a los malos caminos con más intensidad; nuestro tiempo nos dice que no han cambiado las cosas, y cuanto más hombres hay en el planeta la maldad aumenta a todas luces en proporción directa; para Dios esto es una provocación que no se queda sin respuesta, y comienza poniendo a su pueblo a la cabeza; siempre habrá una consecuencia al desvío; la violenta maldad humana es una plaga en sí misma a la que parece acostumbrarse el hombre; el instrumento para resolver problemas ya no es un pacífico diálogo, sino la agresión directa, y esto es de arriba abajo; entre naciones como entre individuos; nos están alcanzando ya las muy comentadas palabras proféticas de Jesús para los tiempos del fin, en las que alude a los violentos tiempos de Noé (Mt 24:4-8, 37-39).

Hace ya un año (2020) que se manifestó la llegada de una plaga al mundo entero que ha cobrado cientos de miles de vidas, y que sin duda las medidas tomadas han ocasionado otros daños colaterales; no hay quien no desee que esto ya pase para volver a la normalidad; la pregunta es ¿Qué normalidad? ¿Un estilo de vida mundial en el que Dios está siendo ignorado hasta en las instituciones religiosas? Alguien sin ser predicador dijo atinadamente en pro de lo justo: ¿Qué es la oscuridad sino la ausencia de la luz? ¿Qué es la maldad sino la ausencia de Dios? Ahora bien, en lo que a nosotros compete hemos de preguntarnos ¿Dónde está la voz del que se levanta dentro del pueblo de Dios para hacer juicio y vindicar al Dios de los cielos? Con toda seguridad está en aquellos que en lo secreto de su aposento confiesan delante de Dios los desvíos del pueblo del cual forman parte (Dn 9:4-10); o en aquellos que a voz en cuello (Is 58:1) por todos los medios que pueden están tratando de despertar a los anestesiados por los afanes de la vida (Mt 13:22), y que sin sentirlo caminan haciendo coro a los argumentos del mundo; a los que consciente o inconscientemente han quitado o añadido a la palabra de Dios, por sus torcidas interpretaciones (Apoc 22:18-21); a los vacilantes que no son ni fríos ni calientes (Ap 3:15), y que sólo son practicantes de ritos y cultos vacíos de Dios; a los que han olvidado que el juicio comienza por la casa de Dios (1 P 4:17); a los que se justifican a sí mismos por su supuesta vida piadosa y ni viven ni enseñan la justicia de Dios que es por la fe en la cruz de Cristo (1 Tim 6:3-5). ¿Cuánto de todo lo anterior ha invadido la atmósfera de la cristiandad? Es obvio que muchos están pidiendo a Dios que quite la plaga, pero si somos sensibles a su sentir, hemos de pedirle en primer término que nos dé la gracia de entender lo que significa volver a las sendas antiguas, reconociendo que hemos caído en el engaño de pretender hacer a Dios a nuestro modo; aún están resonando desde las Escrituras las palabras de Pedro: *Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio* (Hech 3:19). Si por la mano de mi Señor ha venido esta plaga, será por su misma mano que será quitada. Que mi Señor nos dé la gracia de inclinar nuestra cabeza delante de él y entendamos el contenido de sus palabras dichas al rey Salomón: *... o si enviare pestilencia a mi pueblo; Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado...* (2 Cr 7:13-14). Sin ninguna duda, los oídos de Dios están atentos a la voz de los que han sido justificados por la fe en la sangre de su Hijo (Sal 34:15).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava